

corazón y una fuerza en nuestro brazo.

Si á la política que se hace en estos pueblos se le quita la íntima satisfacción que hace sentir el obrar con esa independencia compatible con la disciplina y la tolerancia, ¿que le queda? Miseria, basura solamente, y los que la practican sin poder llegar a conseguir esa satisfacción, no deben llamarse hombres, sino *cosas*, no deben apeliidarse partidarios, sino mercenarios, no deben entender que forman parte de una muchedumbre más ó menos numerosa, sino de un rebaño que solo se ocupa uno y otro día, como fin único que está llamado á realizar, de rumiar de noche lo que con la luz del sol pudo pescar en sus *paceros*.

Nuestros amigos no descuidan sus deberes de disciplina, aborrecen la intolerancia; pero no se pretenda dar á aquella palabra una extensión de que carece, ni á ese disimulo una significación que no tiene, porque nuestros amigos, ni ante las conveniencias particulares, ni ante las amenazas que á diario llueven sobre ellos, ni ante temores de ningún género, echarán pié atrás en la línea de conducta que desde el primer momento se tienen trazada, y considerarán por ello la resolución que recaiga en la lucha emprendida, ó como triunfo de la causa que defienden, ó como la más completa derrota, ya sea en un sentido, ya sea en otro.

Las circunstancias así lo exigen, sin que quepan distingos ni medias tintas; y no será amigo de nuestros amigos, quien no se inspire en semejante modo de obrar, de pensar y de querer. Sin que ello quiera decir, claro está, que aspiramos á atacar por sistema, movidos solo por esas mismas pasiones que agitan á nuestros enemigos, sino solo dentro de los límites de la más equitativa y justificada defensa.

Nuestras actitudes están, pues, bien definidas y son bien comprensibles, y por tanto aconsejamos á todo ese montón de *corre ve y diles*, de Duguesclines, de chismosillos, de parásitos, y aún de Perpenas, que no se molesten inútilmente en pretender hacer obscuro lo que está tan claro como la luz del meridiano.

DE LITERATURA

LOS HIJOS MUERTOS

Como el dulce soplo
de la suave brisa

que en el mes de Mayo
flores acaricia;

como el blanco rayo
de la tibia luna
que se filtra tenue
entre la espesura;
como acento débil
de amoroso encanto
que lento se pierde
cruzando el espacio,
siento yo sus besos,
miro sus pañales
y escucho sus voces
en un coro de ángeles;
entonces el llanto
acude á mis ojos
y pregunto: ¿Cuándo
me iré con vosotros?

No sé si en mis oídos,
no sé si en mi alma,
una voz resueña
que dice: ¡Mañana!
y añade ese acento
misterioso y dulce:
Dios tiende sus brazos
á todo el que sufre.

M. S. DE P.

A LA MEMORIA

de mi querido hermano Andrés.

Muerto el día 26 de Enero de 1898, en la guerra de Cuba

Empapada en su sangre generosa
dejaron la manigua americana
aquellos heroes que á la historia hispana
añadieron su página gloriosa.

Si no alcanzaron ni una obscura fosa
que perpetúe su nombre en el mañana,
la patria, de sus hijos está ufana,
y los recuerda triste y dolorosa.

También lloro, y al par me siento ufano
cuando recuerdo al mártir de la guerra
que en la vida mortal llamé MI HERMANO.

Murió en extraña y enemiga tierra;
y si buscar su tumba fuera en vano,
en el seno de Dios su alma se encierra.

P. Crisol Lozano.

Los tres duros de Roque

CUENTO PARA NIÑOS

(Conclusión)

La intervención de los vecinos puso fin á tan extraño concierto; y cuando quedó todo tranquilo, y la una con su mano entrapajada y el otro con su pierna cubierta de trapos, y la alegre llama de las ramas de pino calentando y alumbrando el hogar, se reanudó la conversación interrumpida tan brus-

camente, en los siguientes términos:

—Pues yo creo—decía la señora Mónica—que este dinero debemos guardarlo para si se presenta una enfermedad, un *prro* en el trabajo ó cualquier otra cosa por el estilo.

—Para eso tauto valdría no tenerlo, molino parado no gana maquila, como dice el refrán,—contestaba Roque con tono displicente y que no admitía réplica.

—Si fuera mayor cantidad,—añadió la madre—podríamos comprar una cabra de leche.

—Pero como tres duros no son más que sesenta reales, no podemos pensar en cabras.

—Pues, hijo mio, á ti te han dado el dinero y tú eres dueño de hacer con él lo que te dé la gana.

—Compraré unas bayas para V.

—¡Eso sí que no! Para lo que yo he de vivir tengo ropa que me sobra, mientras que tú....

—No necesito ninguna.

En estos y otros semejantes diálogos se hallaban engolfados de tal manera que no se apercibieron de que no habían cenado, de que sus heridas reclamaban algún cuidado, ni de que la luz del día penetraba por los numerosos resquicios de la desvencijada puerta.

Fuertes y repetidos golpes, acompañados de gritos, les hicieron volver á la vida real.

—¿Quién llama?—gritó Roque.

—Roque,—dijeron desde la calle—¿no vas á venir á trabajar en las viñas de don Cándido?

—¡Allá voy!—contestó el interpelado, lleno de buena voluntad; pero cuando fué á poner por obra su pensamiento, se encontró con que la pierna herida se había hinchado espantosamente y no le consentía ni el más ligero movimiento.

Tuvo la madre que correr á abrir la puerta y mostrándoles á su hijo, hacer comprender á los jornaleros que aquel estaba imposibilitado de todo punto para ir al trabajo á que le llamaba don Cándido.

Apenas se habían marchado los mozos que habían ido á buscar á Roque, entró una mujer preguntando por la señora Mónica.

—Yo soy. ¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó ésta.

—Pues me envía doña Luisa, la mujer del Sr. Alcalde, para que me entregue V la obra que le encargó la semana pasada.

—¿El hilado?

—Sí, señora, el hilado.

—¡Ay, hija mía! ¡Cuanto siento decir que no he podido hacerlo ni podré en algún tiempo, pues tengo una mano completamente abrasada, como tú misma puedes ver. Y no es eso lo peor, sino que al quemarse mi mano se quemó también el lino de tu señora.

—¡Buena se va á poner mi ama cuando se lo diga!

—¿Y qué he de hacerle yo! Más lo